

encuentros y desafíos de nuestros sueños para la comunidad

maricela zurita cruz

encuentros y desafíos de nuestros
sueños para la comunidad

maricela zurita cruz

Maricela Zurita Cruz es una mujer chatina de San Juan Quiahije, Oaxaca. Estudió Ciencias de la Educación en la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca. Ha participado en diversos procesos de formación y capacitación dirigidos a jóvenes, mujeres y mujeres indígenas. Forma parte del grupo juvenil Sha Kuuí. Colabora con Ojo de Agua Comunicación y es parte de la asamblea General del Grupo de Estudios sobre la Mujer Rosario Castellanos A.C. y el Instituto de Liderazgo Simone de Beauvoir A.C.

Este texto forma parte del libro
Evitemos que nuestro futuro se nos escape de las manos. Tomás Cruz Lorenzo y la nueva generación chatina, editado por Emiliana Cruz. Disponible en PDF de descarga gratuita en t-e-e.org/index.php/teehormiguero/

Licencia de producción de pares

Usted es libre de compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra, así como hacer obras derivadas bajo las siguientes condiciones: Atribución: Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por la autora o licenciante (pero no de manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra). Compartir: bajo la misma licencia. Si

altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta. No capitalista: La explotación comercial de esta obra sólo está permitida a cooperativas, organizaciones y colectivos sin fines de lucro, a organizaciones de trabajadoras autogestionadas, y donde no existan relaciones de explotación. Todo excedente o plusvalía obtenidos por el ejercicio de los derechos concedidos por esta licencia sobre la obra

deben ser distribuidos por y entre las trabajadoras. Al hacerlo, acepta lo siguiente: Renuncia: Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor. Dominio público: Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia.

endefensadelsl.org/ppl_es.html

Sentir orgullo de ser mujer
de ser chatina
no nació en mi corazón de la noche
a la mañana
lo he ido aprendiendo en el camino
con otras y otros
tal como se aprende lo trascendental
en la vida en comunidad.

Al revisar los escritos del maestro Tomás Cruz Lorenzo, recordé por qué es que hacemos lo que hacemos: por todo el significado que han dado las luchas y las resistencias de las hermanas y hermanos indígenas a nuestro cuerpo, territorio y formas de entender el mundo. Me sentí identificada rápidamente con sus textos por varias razones. En primer lugar, somos de la misma comunidad, por eso la realidad que menciona de San Juan Quiahije me es conocida. Por otra parte, el maestro escribe y transmite la idea de que cualquier persona tiene la posibilidad de establecer un diálogo sabio, generar conocimiento y por lo tanto hacer ciencia. Así mismo, y por último, redacta desde el corazón y eso para mí es irrenunciable.

En tal sentido, hago mi reflexión desde el senti-pensar, producto de diálogos y experiencias que me han dado los espacios y personas con las que he podido compartir en estos últimos doce años. Doce años de búsquedas, aciertos y desaciertos, de caminar en mi comunidad tratando de reconocer las luchas de mis hermanos chatinos, pero sobre todo las de mis hermanas chatinas, para poder afirmar que sin las mujeres no se puede hablar de la comunidad ni de la vida.

Finalmente, aspiro a que este texto puedan leerlo mujeres y hombres que así lo deseen. Pero principalmente, aspiro a que pueda ser leído y comprendido por personas de mi comunidad, porque reconozco que si las reflexiones vertidas desde las identidades que asumimos no se aterrizan y se logran comprender en lo local, estamos lejos de cambiar aquellas realidades que de manera personal no nos gustan. Ésas son las razones por las que el pensamiento del maestro Tomás Cruz Lorenzo, escrito hace treinta años en el texto “Evitemos que nuestro futuro se nos escape de las manos” fue mi principal motivación para el texto que comparto.

La lucha por el reconocimiento de nuestros pueblos indígenas

Quienes nos antecedieron no sólo nos transmitieron su voz, fuerza y sabiduría para privilegiar nuestras identidades y raíces, también dieron muchas veces su propia vida, para hoy poder decir con orgullo

que soy chatina, vestir nuestros bordados o hablar nuestra lengua afuera de nuestra comunidad. No siempre fue así, ha sido un proceso de muchas opresiones e injusticias que hoy en día podemos seguir observando.

Según Gómez Tovar y Mendoza Galán, “durante los periodos históricos de la Colonia, la Independencia y la Revolución, se buscó consolidar la idea de una gran nación, y para ello se pensaba que toda la población debía estar bajo un mismo gobierno, un mismo idioma y una misma religión. En aquella época se pensaba que esto significaría unidad, y que sólo desde esa unidad se podría lograr el desarrollo”.¹ Esa forma de pensar hizo que los gobiernos emprendieran acciones para que dejáramos, por ejemplo, de hablar el chatino o de usar nuestra ropa tradicional en las escuelas. Si escuchamos con atención a nuestros papás o mamás, e incluso a alguno de nuestra generación, podremos ver que estos sucesos fueron reales y violentos. La escuela, en ese sentido, se convirtió en un espacio de opresión e injusticia para nuestros pueblos. El hermano Tomás lo narró de la siguiente manera:

Nuestros padres fueron, en general, la última generación que no asistió a la escuela y nuestros hijos son la primera generación que saldrá masivamente escolarizada. La escuela es el principal lugar donde se enseña que nuestras verdades son falsas y nuestros conocimientos son ridículos ante la ciencia, y los niños que aprenden esto, abandonan y menosprecian nuestros rituales, comportamientos y sabiduría, que ahora conciben como irracionales, supersticiosos, absurdos, falsos. La verdad es ahora la verdad occidental, ya no la verdad chatina, aunque esta verdad nuestra nos haya permitido vivir durante siglos.²

Gracias a las reflexiones, luchas y resistencias de personas como él, de la Comandanta Ramona o de Floriberto Díaz, por mencionar algunos, en el año 2001 se logró una reforma al artículo 2 constitucional que reconoce que en México existen diversos pueblos con sus propias formas de organizarse, con una lengua propia y con formas particulares de entender el mundo. Hoy el pueblo chatino es uno de los 68 pueblos reconocidos en México.

1. María Estrella Gómez Tovar y Christian Aurora Mendoza Galán, *Identidad y participación de las mujeres de los pueblos indígenas* (México: INE/ILSB, 2016), 17.
2. Tomás Cruz Lorenzo, “Evitemos que nuestro futuro se nos escape de las manos”, *El Medio Milenio* 5 (febrero de 1989), 23. [Se puede consultar en tee.org/index.php/teehormiguero/ N. de las e.]

Pese a esos avances, nuestros pueblos siguen siendo excluidos e invisibilizados. Ahora mismo estamos en un contexto alarmante de violencia. El estado, que tiene la obligación de garantizar condiciones para el pleno ejercicio de nuestros derechos, se ha aliado con empresas transnacionales, cuyas estrategias disfrazadas de buena voluntad buscan explotar los recursos y bienes naturales que han sido resguardados por nuestras ancestras y ancestros. Los pueblos hemos resguardado nuestros territorios porque entendemos y vemos los cerros, los bosques, los ríos como espacios en los que se genera la vida y nuestra existencia misma, y no como espacios para ser explotados para satisfacer necesidades individuales.

Ante esta situación, nuestra propia organización como pueblo, la forma en la que nos hemos organizado, nos obliga a ver y entender que las soluciones deben de venir desde adentro de la comunidad y no de afuera. Somos los integrantes del pueblo chatino quienes debemos hacer que la vida en la comunidad prevalezca.

La situación actual y el tejido de nuestras luchas

Las reflexiones y prácticas del maestro Tomás Cruz Lorenzo, así como de los otros que nos antecedieron en la lucha, me han ayudado y seguramente abonarán a las reflexiones de las generaciones futuras para que se sigan construyendo, desde la colectividad, los conocimientos a través de los que podamos descubrir los mecanismos de dominación a los que todos los días somos sometidas y sometidos por ser chatinos. En mi caso, por ser mujer y por ser joven.

Desde las identidades que yo asumo, las reflexiones generadas desde el movimiento global de mujeres, los feminismos populares y el movimiento indígena nos convocan a las mujeres indígenas a soñarlos, a pensarnos y a construir desde nuestras identidades, cuerpos y territorios.

Desde esa mirada, con las reflexiones hechas hace treinta años por Tomás, pienso el presente y el futuro reconociendo primero que las mujeres indígenas “se constituyeron en actoras políticas que le dieron a la lucha política de los pueblos indígenas un rostro y una voz femenina, nueva, vigorosa y comprometida con los derechos de [los] pueblos y con los de las mujeres”.³ Lo quiero reconocer así porque ellas me han ayudado a tejer mis luchas también.

3. Laura Valladares, “Cosechando esperanzas a través de los cambios generacionales: del derecho de las mujeres al feminismo indígena culturalmente situado”, en Dalia Barrera y Lucrecia Hernández (eds.), *Mujeres indígenas. Participación social y política y transformaciones generacionales* (México: GIMTRAP, 2017), 23.

La participación de las mujeres en la vida política de San Juan Quiahije

La comunidad de San Juan Quiahije es uno de los 417 municipios que elige a sus representantes bajo el Sistema Normativo Interno. Sin embargo, estamos viendo lo que el maestro Tomás observaba en otras comunidades de la región hace treinta años. Esto es, se han nombrado ya a “personas que fueron a la escuela sin tomar en cuenta si éstas pueden funcionar de acuerdo a los intereses comunales y con ellos se está relegando a los que por derecho tradicional les toca servir en los distintos cargos”.⁴

La idea de empezar a elegir a personas que fueron a la escuela en Quiahije fue vista desde la posibilidad de contar con más herramientas de negociación y diálogo frente al estado. Sin embargo, sin querer demeritar la educación escolarizada, la experiencia nos ha demostrado que esto no cambia ni transforma nada en la comunidad. Al contrario, quienes han llegado a ocupar estos puestos reproducen ideas coloniales, como ya lo apuntaba el maestro desde hace treinta años, además de también reproducir ideas patriarcales y clasistas.

Con un estado que se alía con el poder económico y que nos enseña y recuerda todos los días a través de la televisión, la radio, el sistema educativo, etc., quién es el que manda y cómo se debe obedecer, como pueblo chatino, no hemos tenido la posibilidad de generar reflexiones profundas sobre qué características debe tener quien nos representa y cómo debemos hacer para que avancemos todas y todos.

Ser parte del cabildo se ha vuelto una actividad de gestión y comprobación interminable de recursos cuyo destino en ocasiones se desconoce. De esta forma, el periodo de tres años se convierte en salidas constantes a la ciudad, en lugar de reconocer los sueños y necesidades de quienes habitamos la comunidad. En cambio, si reconociéramos estos sueños y necesidades, se abrirían posibilidades reales de participación de todas y todos los que habitamos y somos parte de Quiahije. Por otra parte, las mujeres y hombres tendríamos que tener condiciones para poder participar en igualdad tanto en la elección de nuestros representantes, como en la toma de decisiones. Asimismo, tendríamos que generar las condiciones para que nuestras o nuestros representantes tengan clara la importancia del fortalecimiento de nuestra identidad, la lucha por nuestra autonomía y libre determinación, el derecho a vivir en un entorno libre de violencia y con capacidad de dialogar desde adentro y hacia afuera.

La forma en la que participan hombres y mujeres en Quiahije se da desde la asignación de los roles y estereotipos de género, dejando

4. Cruz Lorenzo, “Evitemos que...”, 27.

a la mayoría de nuestras hermanas en las labores domésticas. Aún cuando asumen cargos durante los periodos cuando sus esposos o hijos no están, o cuando son comités en las escuelas o en el centro de salud, éstos no tienen un reconocimiento comunitario. Asimismo, tampoco se reconoce o valora el cuidado que hacen desde sus casas cuando sus esposos o compañeros cumplen un cargo.

El que hoy tengamos a la primera regidora de Cultura y Recreación, con sus aciertos y limitaciones para decidir, responde a “presiones sociales, las políticas gubernamentales y de las dinámicas sociales como la migración masculina que han contribuido a la feminización de las responsabilidades sociales y políticas de las comunidades”.⁵ Es decir, es una reflexión y un tema que no se logra todavía entender desde dentro de la comunidad. Ahora mismo se discute y está en juego si en el siguiente trienio habrá mujeres representándonos en el cabildo.

En algunas asambleas, cuando se ha discutido la participación de las mujeres, son los hombres los que opinan y dan las razones por las que sí o no pueden participar. Algunos ahí sacan el discurso de la organización comunitaria, de los usos y costumbres, de que se fragmenta la dinámica y formas de organización propia. Pero nunca he escuchado que primero le pregunten a las mujeres: “¿Ustedes están de acuerdo en que alguna o algunas de ustedes participen?”. Pues, en reconocimiento de nuestra autonomía y libre determinación, si las mujeres respondemos de forma libre e informada que no, aun con todas las cargas que esto implica, las instituciones tendrán que respetar nuestros acuerdos, se justificará si hubo una consulta a las propias mujeres.

A las instituciones podemos cuestionarles que sus medidas afirmativas no se hacen con pertinencia cultural, ya que no consideran las particularidades que tenemos las mujeres indígenas. Pero lo que no podemos decir es que no es válido, puesto que la lucha para que las mujeres seamos tratadas como sujetas de derechos y portadoras de conocimiento ha sido resultado de una larga pelea de muchas de nuestras hermanas indígenas y no indígenas. La participación e involucramiento de las mujeres tanto en el espacio privado como en el público es fundamental, porque “son las que sostienen el trabajo cotidiano [...], recrean lazos territoriales, comunitarios e identitarios”.⁶

A mi parecer, si se tuvieran en claro los siguientes elementos, se abonaría a la participación política de las mujeres desde los espacios de representación popular en una comunidad como Quiahije.

5. Gómez Tovar y Mendoza Galán, *Identidad y participación...*, 45.
6. Roxana Longo, “Encuentros y búsquedas del movimiento de mujeres y del feminismo popular”, en Claudia Korol y Gloria Cristina Castro (comps.), *Feminismos populares. Pedagogías y políticas*. (Buenos Aires: América Libre/El Colectivo/Chirimote, 2016), 33.

Primero, ya no se deberían de usar argumentos sexistas ni machistas del porqué no podemos participar. Ahora mismo, varias mujeres de la comunidad estamos en espacios de participación social en donde con otras hemos ido reflexionando, construyendo, aprendiendo y desaprendiendo a ser coherentes entre lo que decimos y hacemos. Esto demuestra que también nuestras otras hermanas pueden participar si se generan las condiciones. Segundo, ante la obligación de integrar mujeres en el cabildo de un pueblo que se rige desde el Sistema Normativo Interno para respetar la perspectiva de género, y por tanto validar su elección, la decisión de la asamblea, principalmente de las mujeres, debe de ser respetada.⁷ Así, por un lado, las mujeres debemos de reconocer que participar es un derecho que se tiene. Y, por otro lado, cuando se proponga a alguna mujer por parte de la asamblea, son ellas las que tienen la decisión última, al igual que hacen los hombres cuando no pueden aceptar un cargo. Así, si la mujer acepta, la comunidad debe responsabilizarse de que las condiciones sean las óptimas y libres de toda violencia. Por último, la mujer elegida debe saber que puede pedir ayuda y las otras deberíamos hacerle saber que no está sola, así como la comunidad debe tener claro que no debe exigirle más de lo que puede dar. Es decir, deberían de exigirle en la medida que también les exigen a los hombres.

En este ejercicio de asignación de cargos a mujeres, la posibilidad más triste, por todas las cargas de trabajo que tienen las mujeres, es que no acepten. En ese caso habrá que seguir trabajando para que las futuras generaciones sí puedan hacerlo. Entender que hay mujeres que pueden y quieren, así como quienes no, es reconocer, parafraseando a Aura Cumes, que las mujeres, por más que seamos de la misma comunidad de Quiahije, no tenemos una sola voz y no pensamos de la misma forma. Ése es otro de los aportes y reflexiones que nos dan los feminismos populares: que se definen desde la palabra de quienes los han reflexionado como un feminismo “que no reconoce las fronteras coloniales que separan a nuestros pueblos ni a nuestros cuerpos”.⁸

Nos encontramos en esta discusión, porque ya se está dando el contexto. Sin embargo, no hay que olvidar que un primer asunto donde se puede atorar el tema es en la equiparación de cargos, porque es aquí cuando aparecen luego argumentos como que “entonces también que las mujeres que sean topiles y vayan a las colindancias”. Esta

7. El 14 de mayo de 2019 el Senado de la República aprobó la ley de paridad de género en todos los espacios y niveles de gobierno. Es decir, todos los órganos gubernamentales deberán estar conformados por un cincuenta por ciento de mujeres. La ejecución de esta nueva regulación será interesante y compleja.
8. Claudia Korol, “Feminismos populares”, en Korol y Castro, *Feminismos populares...*, 18.

situación necesariamente nos obliga a repensar y recrear formas de construir y concretarlo desde cosas que ya se hacen en la comunidad.

Las mujeres que abogamos para que en la comunidad podamos tener una vida en la que se nos escuche y se nos tome en cuenta tenemos la suficiente claridad de que se trata de un pueblo chatino con su propia forma de organización y donde lo prioritario es lo colectivo, no los intereses personales. Con esa claridad reconocemos las luchas y aportes de las hermanas chatinas desde sus casas, en el campo, en la medicina, en las artesanías y todas las existentes, porque sin ellas la vida comunitaria no prevalece.

Hace treinta años el maestro Tomás Cruz Lorenzo visibilizó en uno de sus escritos cómo fue que las mujeres y niños de la comunidad chatina de Yaitepec jugaron un papel fundamental en la recuperación de tierras y liberación de los presos que estaban en manos de los caciques de Santa Catarina Juquila. Eso demuestra que históricamente las mujeres hemos estado ahí, y sobre todo, hemos estado dispuestas a defender el territorio y la vida de nuestros hermanos.

Al maestro Tomás lo movieron las injusticias que vivían los hermanos y hermanas chatinas de toda la región. A mí me mueven las injusticias y múltiples violencias que vivimos como mujeres, como jóvenes y como pueblos indígenas. Desde ahí, ambas luchas colectivas nos motivaron a estar en diversos espacios en la comunidad y fuera de ella por las experiencias personales, familiares y comunitarias que nos lastimaron y que intentaron acabar con lo que somos. Por lo tanto, mujeres y hombres podemos contribuir si establecemos diálogos francos con otras mujeres, hombres, autoridades, jóvenes, personas adultas, siempre y cuando esté la disposición de escuchar, aprender y desaprender. Pues “tenemos derecho a dignificar nuestro pasado, pero en conexión directa con el presente y el futuro”.⁹

El papel de las mujeres y de las juventudes chatinas en la transformación de la comunidad

Desde las luchas que abrieron nuestro hermano Tomás o la hermana Cirila dentro de la región chatina, las de nuestras hermanas feministas, las hermanas zapatistas y otras que no fueron escritas o visibilizadas desde los medios, se logró que las generaciones de mujeres como mi madre y mis tías experimentaran cambios en su vida relacionados con el acceso a la educación básica y media. Asimismo, las búsquedas constantes por reflexionar sobre su quehacer y transformar su prácti-

9. Aura Cumes, “Mujeres indígenas, patriarcado y colonialismo: un desafío a la segregación comprensiva de las formas de dominio”, en *Hojas de Warmi* 17 (2012), 15.

ca les hizo acercarse a mujeres de otros espacios y luchas: indígenas, mestizas, negras, etc. Eso sentó las bases para que ahora las generaciones como la mía puedan pensarse como mujeres, pero como mujeres pertenecientes a un pueblo y con todas las identidades que yo pueda asumir en mi vida.

Esa generación de mujeres que empezó a trabajar desde abajo, desde sus comunidades, con reflexiones en torno a la salud, la justicia, los derechos humanos, una vida libre de violencia, de la reivindicación de nuestra lengua, de nuestras formas de relacionarnos con nuestros territorios fue la base de mi formación. Cuando las encontré, entendí la importancia de regresar a Quiahije.

Me fui queriendo alejarme de todo, porque justo ahí había vivido múltiples violencias por el solo hecho de ser mujer, así como las ha vivido mi madre, mis tías y siguen viviendo ahora las paisanas. A mis doce años pensaba que en Quiahije y en otras comunidades se violentaba a las mujeres por estar atrasadas en información y por los sistemas de usos y costumbres. Sin embargo, hoy reconozco que no es así, tardé unos tres años en observar y asimilar que las mujeres en todos los pueblos somos dominadas por el sistema patriarcal, pero como chatinas también somos discriminadas por el sistema capitalista y clasista.

Así, comprendí que la forma en que establecemos nuestras relaciones y la manera en que hemos vivido las mujeres chatinas responde a una construcción sociocultural en la que por el solo hecho de haber nacido con pene o vulva se nos han colocado y asignado distintas tareas, en distintos espacios y se nos han dado o quitado ciertas posiciones en la familia y la comunidad. Ideas que se vinieron a perpetuar y a ser más violentas una vez que llegó la iglesia católica.

La religión católica no sólo vino a generar más violencia contra nosotras al decirnos qué podíamos hacer o qué no con nuestros cuerpos, también llegó para acabar con toda nuestra espiritualidad y centros en los que pedíamos por nuestro bienestar y todo nuestro entorno. K?ya^C kche?B, Cerro Espina, uno de los cerros más importante para pedir y agradecer en nuestra comunidad y de los pueblos que se encuentran alrededor nos demuestra que los pueblos han sido:

milenarios en su existencia, formas de vida y territorialidad. Esto es demostrable en términos de comprobación a partir de la existencia de elementos materiales como centros ceremoniales, templos, construcciones, plazas, ciudades, códices etc. [...] Por otro lado, pueden verse manifestaciones culturales muy antiguas que perviven en prácticas cotidianas de los pueblos, y en términos de elementos inmateriales siguen estando presentes en la vida cotidiana, por ejemplo, la oralidad, el conocimiento de la cuenta del tiempo (cómo llevar registro de los días, sus significados, su

relación con las energías lunares para los ciclos de la siembra y la cosecha), y prácticas de medicina originaria.¹⁰

Todavía podemos ver a algunas personas cuando realizan sus rituales en el pueblo. El maestro Tomás y nuestros abuelos y abuelas fueron testigos honrados al poder ver eso más cerca que nosotras como jóvenes. El maestro Cruz nos hace imaginar cómo era y nos invita a visitar con mayor frecuencia a nuestros abuelos cuando nos comparte que había “la tradición de creer en la naturaleza como parte integrante del hombre y respetar a los dioses naturales como el sol, la luna, la lluvia, los cerros”, la “costumbre de guardar siete días, darle de comer a los dioses, encender velas en los cerros, enterrar la placenta en la ciénega”.¹¹ Así mismo, menciona que las parejas que se juntaban en matrimonio se guardaban por trece días, así como que la madrina y el padrino bañaban a la pareja en la madrugada.

Desde una mirada de género diríamos que en alguna de esas prácticas también había relaciones desiguales entre hombres y mujeres. Sin embargo, muchas de esas tradiciones y costumbres que fortalecían nuestra identidad y nos llenaba de significado, hoy en día ya no se practican. Son contadas las veces en las que las y los jóvenes las vemos, incluso las vemos sin detenernos a preguntar por qué y la importancia que tienen. Hace treinta años el maestro Tomás atinó a afirmar lo que sucedería en estos tiempos. Lo primero es que efectivamente hoy las parejas que deciden casarse lo hacen “por la iglesia y por la ley, [haciendo] fiestas copiadas del exterior”. También como él bien decía “la iglesia católica [tiene] menos problemas con nosotros pues ya no [es] necesario utilizar intérpretes para transmitir su mensaje ni el ILV [tiene] que traducirnos la Biblia pues la mayoría ya [sabe] leer y escribir en español”.¹²

Muchas y muchos no solamente hablamos o escribimos en español, sino que nos negamos a enseñar y compartir nuestra lengua materna, la que aprendimos a hablar, con las generaciones que nos siguen. Lo más triste de todo para mí es que por amor a Dios y el miedo a ser castigados, la religión ha sometido a nuestras hermanas en situaciones muy desiguales y violentas en relación con los hombres.

Ejemplos tenemos muchos, uno es que a los hombres se les permite estar con varias mujeres (solteras o viudas generalmente) al

10. Lorena Cabnal, “Acercamiento a la construcción de la propuesta de pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala”, en *Feminismos diversos: feminismos comunitarios* (Madrid: ACSUR Las Segovias, 2010), 13.
11. Cruz Lorenzo, “Evitemos que...”, 32-33.
12. *Op. cit.*, 32.

mismo tiempo, pero no es así para las mujeres. Quien decide hacerlo es evidenciada y atacada con miradas y señalamientos, algunas veces también recibe violencia física. La mujer que vive en libertad su sexualidad estableciendo relaciones con diversas personas generalmente no es considerada en serio, mientras que otras más asumen y aceptan que esa vida es la que les tocó.

Conozco experiencias de varias mujeres de mi generación que fueron abandonadas con hijas e hijos por parte de sus compañeros por rumores o comentarios de otros hombres que aseguran haber estado con ellas antes. Así, los hombres se deslindan del cuidado de sus hijas e hijos sin que eso tenga una sanción, o sea siquiera cuestionado. También aquí se suman aquellas mujeres cuyos esposos van y vienen de Estados Unidos, embarazándolas y dejándolas solas con la responsabilidad de la educación de sus hijas e hijos, pero con la claridad de que mientras estén solas deben dedicarse al cuidado de su hogar y son vigiladas por parte de la familia para que esto se cumpla.

Si entendemos que la sexualidad es una parte fundamental de nuestras vidas, podríamos entender por qué es que ahora se empiezan a dar casos de infidelidad por parte de las mujeres casadas que se quedan mientras sus esposos están fuera.

Con la afirmación anterior no justifico la infidelidad, más bien abogo por acuerdos claros entre las parejas. Pero me parece problemático y crítico que no podamos reflexionar lo injusto del asunto, ya que sólo cuestionamos y juzgamos a las mujeres. Y en nombre de esa “moral” justificamos y somos partícipes de múltiples violencias hacia nuestras compañeras.

A estas violencias podemos sumar las que se derivan de problemas como el alcoholismo, la drogadicción o los conflictos territoriales que vivimos. A mi juicio, el conflicto territorial que actualmente sostiene Quiahije con la comunidad hermana normaliza e instaura en el imaginario masculino y comunitario la necesidad de acceder a armas con la justificación del cuidado del territorio. Sin embargo, por las condiciones históricas de Quiahije, y como da cuenta Tomás en sus escritos, las armas han generado muchas muertes y muchas de nosotras hemos sido testigos de esos sucesos.

El seguir los mandatos masculinos de defender y mostrar poder frente a otros mediante el uso de las armas fue una razón poderosa para que en Quiahije varias niñas y niños se quedaran sin sus padres, mujeres se quedaron solas con el cuidado y crianza de sus hijos, se dejó a madres y a padres con el dolor y duelo de la pérdida, y a hermanos/tíos/padres/amigos con el resentimiento y las ganas de la venganza convirtiéndola en algo inacabable.

En todo esto, las mujeres son las más afectadas. Cuando se mueren sus hijos, padres o parejas viven con un dolor que no es ca-

nalizado ni atendido. Así, las mujeres quedan desprotegidas y disponibles a los ojos de otros hombres para estar con ellas cuando requieran sin que ello signifique necesariamente un compromiso. Algunas se ven obligadas a establecer negocios que reproducen e incentivan la violencia, como el alcohol, o que rompen con el consumo de lo local, como son abarrotes, cosas de moda, etc. Todo esto se hace bajo la misma razón que nos decía Tomás en otro de sus escritos acerca de la mariguana: ven ahí una posibilidad de obtener y ganar un poco más de dinero.¹³

No obstante, se han dado esfuerzos para resolver los conflictos territoriales. Sin embargo, han sido pocos porque el contexto actual y las nuevas formas de extractivismo hacen que el estado omita y, por tanto, genere condiciones en las que los pueblos hermanos no nos podamos sentar a dialogar.

Y además que, desde adentro, estamos más preocupados y preocupadas en tener condiciones para llevar, sin ser conscientes de ello, una vida capitalista, clasista y patriarcal.

Desde hace treinta años nos advertía Tomás Cruz Lorenzo:

El llamado “progreso” está abarcando terreno rápidamente sin que midamos sus consecuencias. Todos los pueblos quieren escuela, camino, clínica, iglesia o un palacio municipal lo más grande y lujoso posible, aunque todo esto signifique un sacrificio económico y físico muy grande para los ciudadanos y, sobre todo, porque cada una de esas instituciones significa un desplazamiento más rápido de lo nuestro.¹⁴

De tal manera que las ideas colonialistas que han logrado colocar en nuestras mentes a lo largo de estos quinientos años han penetrado mucho más allá y requiere un esfuerzo de nuestra parte deshacernos de ellas, pues hoy observamos que con naturalidad nuestras paisanas y paisanos han asumido en su imaginario que ser autoridad municipal implica buscar una asesoría externa que pueda realizar gestiones para que se puedan hacer obras públicas como pavimentaciones en las calles, instalación del drenaje, etc. Y si algo de eso no se hace, la comunidad lo cuestiona y lo critica, mientras que aquellos aportes desde la educación popular como talleres, charlas, reflexiones en grupos, etc., no son considerados una actividad valiosa y por lo tanto tienen poco respaldo a la hora de proponerlos. Hay avances en abrirse a entenderlo, pero sigue siendo únicamente responsabilidad

13. Véase en este mismo volumen, “Cuando la mariguana nos trajo oro, terror y tal vez luz”. [Nota de las e.]

14. Cruz Lorenzo, “Evitemos que...”, 28.

de quien lo propone. Así, si no hay un seguimiento, no hay otras u otros en la comunidad que estén dispuestos a dar su tiempo o espacio. Y si hablamos de mujeres, sucede mucho menos, porque deben resolver derechos básicos como su alimentación antes que andarse preocupando por las y los demás. Eso no significa que no existan mujeres que deseen contribuir, pero si están en pareja o tienen hijos o hijas la participación será ocasional.

Por lo tanto, hay que reconocer que la educación nos ha dado libertad a varias mujeres para poder tomar nuestras decisiones, y desde ahí, desde el privilegio que tenemos, debemos entender y contribuir a que otras hermanas chatinas la ejerzan también algún día.

La migración ha jugado un papel fundamental en cómo vivimos hoy como chatinos y chatinas. Nuestro pueblo fue declarado por el INEGI como el municipio con el mayor índice absoluto de intensidad migratoria durante el periodo 2000-2010.¹⁵ Esto significa que San Juan Quiahije, de todo México, fue el lugar en el que más hogares o familias recibieron remesas, con el mayor número de viviendas con migrantes en Estados Unidos. Y, también somos la comunidad en donde la mayoría de los hermanos y hermanas regresan al pueblo. Sobre esto, en las reflexiones que he hecho con mi madre y abuelos, están convencidos de que la razón que hace que la mayoría de quienes cruzan llegue a su destino sanas y salvos es que antes de irse se hacen rituales y van a pedir por su buen andar en los cerros. Esas ocasiones en las que nuestra vida podría estar en peligro, mujeres y hombres de todas las edades nos aferramos con fe a lo propio y pedimos a todos nuestros dioses por nuestro bienestar. Si retomáramos esa espiritualidad en cada uno de nuestros actos y andanzas, la forma de entender el mundo que nos rodea sería más armoniosa; hombres y mujeres conviviríamos desde el respeto. Ahora tratamos al territorio que nos da sustento y vida como tratamos a las mujeres, lo contaminamos, lo acabamos con la tala de madera, y poco o casi nunca nos detenemos a agradecerle por todo lo que nos ofrece, y esto tiene que cambiar.

Hoy la migración nos ha dado posibilidades de entender los dos mundos y de reinventarnos como personas. Lo que no hemos logrado aún es conciliar y encontrar un punto de equilibrio entre eso que queremos o soñamos con el cuidado de la vida y nuestro territorio como pertenecientes a un pueblo.

Hay que seguir pensando en cómo lograr que estas reestructuraciones dadas a partir de la migración abonen y no acaben con lo que somos. Ya desde los años setenta el maestro Tomás nos daba un

15. CONAPO, *Índice absoluto de intensidad migratoria. México-Estados Unidos: 2000-2010*, (México: CONAPO, 2014), 37.

panorama de cómo afectaba la migración los pensamientos y vivencias de las y los jóvenes:

en los últimos años de los setenta migraron varios jóvenes hacia la capital del estado, unos a buscar trabajo y otros a estudiar. Al darse cuenta de que las condiciones de vida eran distintas, más jóvenes migraron y hasta ahí todo parecía bien; pero al regresar a sus pueblos, esos jóvenes ya traían nuevas formas de vida, nueva lengua, costumbres diferentes, hábitos extraños, llegando al grado de fingir ya no entender su lengua, aunque su estancia en Oaxaca haya sido mínima; ya no quieren consumir los mismos alimentos que el resto de la familia, los hombres decían que ya no podían caminar sin zapatos o tenis, para saber si el tiempo transcurre ven a cada rato su reloj para que todos lo vean, aunque fuera de los modelos de los más corrientes que hay en el mercado. Por su parte, las mujeres regresan con pantalón, ya no quieren ayudar a las labores de la cocina aunque en la ciudad hayan sido sirvientas, tienen las uñas crecidas y pintadas, induciendo al resto de las niñas a hacer lo mismo. Aunado a esto, en las escuelas ya se ven niños uniformados e inclusive con zapatos. Cuando los agentes del desprecio cultural somos los mismos chatinos, poco pueden resistir nuestras costumbres y tradiciones.¹⁶

Sus reflexiones son interesantes. La misma realidad que retrata esa época es la que hoy prevalece. No obstante, desde mi identidad de mujer, joven y migrante agregaría que la movilidad a mí me permitió repensar y cuestionar los roles e ideas que me fueron asignados en la infancia sólo por ser mujer, como son el hecho de tener que cocinar y lavar. Lo digo sin demeritar la labor y sin esperar que las otras mujeres dejen de hacerlo necesariamente. Me parece que cocinar, barrer o lavar son trabajos que merecen ser reconocidos como tal, porque sin ese trabajo la vida comunitaria simplemente no se reproduce.

Lastimosamente, la gran mayoría de las personas migrantes nos topamos con espacios patriarcales, capitalistas y clasistas en nuestro andar, haciendo que esas ideas se nos interioricen y por tanto las reproduzcamos en nuestras prácticas cuando regresamos a la comunidad.

Quisiera reconocer que entender mi realidad desde la interseccionalidad (género, edad, etnia, estatus económico y todas aquellas que pudieran develarse en situaciones de discriminación u opresión) fue resultado de la migración. Entendí cuando llegué a la ciudad que había una forma que designaba a las personas de mi edad: juventud. Quienes lo han estudiado lo han hecho desde un enfoque occidental,

16. Cruz Lorenzo, "Evitemos que...", 29.

lo que lo ha “encapsulado en el ámbito urbano y poco se ha vuelto la mirada hacia las experiencias juveniles en los ámbitos rurales”.¹⁷ En ese sentido, el concepto de juventud surge o se ubica en nuestro país a partir de la educación formal y en los contextos urbanos.

Con el tiempo, las y los académicos han reconocido que las y los jóvenes somos sujetos y sujetas “capaces de construir, significar y resignificar [nuestras] historias, capaces de construir una acción colectiva a partir de [nuestras] propias identidades”,¹⁸ reconociendo en sus investigaciones que también estamos las y los jóvenes de otros contextos, en este caso chatinas. Aún falta trabajo por hacer, pero es un avance.

Falta comprender que la juventud no es homogénea y por eso se habla de juventudes, puesto que no es lo mismo ser joven en la ciudad de Oaxaca, que ser joven en Juquila o en San Juan Quiahije. Sin embargo, personalmente no he encontrado una palabra en chatino que dé cuenta de la existencia o nombre de esta etapa de la vida dentro de la comunidad como tal; lo tenemos en el imaginario y sabemos que desde las instituciones se dice que una es joven si tiene entre 12 y 29 años edad, y yo desde esa manera lo he traducido.

En este sentido, mi ser joven lo he construido desde lo que voy aprendiendo, a partir de mi identidad chatina, en la relación que establezco con las instituciones para exigir mis derechos básicos, en la interacción que establezco en las redes sociales o medios de comunicación masiva, en los encuentros, en las búsquedas y también en los desencuentros que voy teniendo con las personas mayores de la comunidad, con mis abuelas y abuelos, con mis tías y con mi propia madre. Pues aun cuando ella, por su historia personal, haya soñado con mi libertad, las formas (mis formas) fuera de la “costumbre”, lo “normal”, el “desarrollo” le causan confusión y contradicción. Y también su historia: todo lo que le dijeron, la carga colonial y las violencias con las que le enseñaron el español, los procesos que la alejaron de su familia para estudiar, la ausencia de su compañero de vida, los cuestionamientos de las decisiones que ha tomado, todo esto la hace cuestionarse si hizo bien o mal. Y no la culpo, fue lo que aprendió y creyó que eso era verdad.

Al final de cuentas hoy yo reconozco que terminé la licenciatura porque no me quedaba de otra, porque con eso la gente iba a reconocer que yo “era alguien”. Ahora entiendo que no necesariamente es así. Pero observo, por ejemplo, cómo el no tener el título y el re-

17. Dalia Cortés Rivera y David Hernández, “Juventud indígena en México. Una reflexión epistemológica desde la sociología de las ausencias”, en *Argumentos* 18 (octubre de 2016), 149.

18. *Op. cit.*, 154.

gresar constantemente a Quiahije, hace y genera inquietudes en mis paisanos. Incluso, para algunas y algunos existe la idea de que he fracasado, pues en el imaginario colectivo a quienes les va bien, deben de andar en las ciudades, con buenos sueldos, con cosas materiales.

Reconozco que también tenemos derecho a que nuestras vidas sean de esa manera, si así lo queremos. Sin embargo, yo reitero la exigencia de mi derecho a poder decidir dónde quiero estar y desde qué postura. Estudié Ciencias de la Educación con la certeza de que existían otras formas de aprender y desaprender para la libertad, que como mujeres y como pueblos tenemos formas propias de sanación —nuestra medicina tradicional— y de reproducir la vida. Ahí fue justo mi encuentro con la educación popular y con el feminismo. Por eso hoy, a mis 28 años, logro identificarme y sentir lo que sintió Tomás en su infancia cuando le notificaron que iría a la escuela. Aquí lo que escribió:

Me acuerdo que cuando tenía nueve años, trabajaba como maestro mi tío Antelmo Cruz Mendoza: un día menos pensado, llegó a mi casa convenciendo a mi mamá para que yo fuera a la escuela y después de tanta insistencia, logró su objetivo, y cuando me enteré, lloré amargamente.¹⁹

No obstante, en ninguna circunstancia le diría a alguien que no estudie. Más bien, si pudiera cambiaría y pediría que se repiense la forma de hacer la educación en las aulas. No sé si Tomás lo pensaba, pero ahora las generaciones como mi madre o yo entendemos que justamente haber decidido o haber sido impulsadas a buscar un espacio dentro de las aulas nos hizo encontrarnos con gente que estaba ya en las reflexiones de que las cosas son distintas y nos dieron elementos para conciliar, aprender y desaprender; para contribuir desde nuestros territorios. Muchas y muchos ya podemos sentirnos y reconocernos como iguales en derechos a cualquier persona del mundo.

Los desafíos y retos del presente y futuro

Con todas las reflexiones dadas y las incipientes acciones que hemos logrado hacer desde lo local en la comunidad de San Juan Quiahije, con tristeza seguimos viendo aquí que:

poco a poco se va alejando o perdiendo lo nuestro, comparable con alguien que emprende un viaje a sabiendas de que nunca va a volver; algo de nosotros mismos lo estamos destruyendo

19. Cruz Lorenzo, “Evitemos que...”, 24-25.

con apoyo de factores externos sin que exista la intención de reconstruirlo, por lo que hace falta reflexionar a tiempo y decidarnos a evitar que nuestra desintegración continúe.²⁰

Y con tristeza, para mi generación y la que me sigue, observo la pérdida de nuestra lengua. Triste porque en ella va nuestra historia y nuestra manera de interpretar el mundo. Pero más triste ver que en algunos casos hermanos y hermanas chatinas asumen la siguiente postura: “los que [sobresalen] afuera, [buscan] utilizar el nombre de los indígenas y su “raíz” chatina para superarse personalmente”.²¹ Entiendo que la superación personal no está mal, el problema es que se recurra o se venda la idea de ser indígena para seguir ocupando espacios de privilegio que a lo mejor pueden ocupar otras personas que sí trabajan por el bienestar de la comunidad.

Como jóvenes hemos perdido el diálogo con las personas mayores, nos olvidamos de valorar toda la fuente de sabiduría que poseen. Esto les ha hecho creer a ellas o ellos que ya no pueden seguir aportando, que sus ideas no son importantes.

Por todo eso y mucho más, secundo la idea de que “tenemos que encontrar la forma de enfrentar las cosas y eso debe ser producto de una reflexión colectiva que nos lleve a organizarnos para reconstruirnos como cultura. Tenemos que hacer análisis muy profundos y pronto”.²² En estos treinta años hemos hecho algunas cosas en colectividad, pero no desde dentro con un sentido profundo. A eso podemos sumarle que somos pocas las personas que queremos generar el cambio. Sin embargo, no hemos logrado vincularnos ni conciliar nuestras ideas entre nosotros y luego con toda la comunidad.

Como juventudes tenemos que repensar nuestra relación con la tierra. Eso implica que tenemos que conocerla y reconocerla para saber qué sueños y realidades se tejen en quienes habitan en ella.

A las pocas o pocos que andamos realizando o repensando prácticas que abonen a lo que buscamos nos ha hecho falta una mirada más interseccional. Me parece que no todas y todos hemos logrado reconocer que las mujeres vivimos realidades diferenciadas en relación a nuestros compañeros hombres. Y que las mujeres chatinas de Quiahije tampoco somos iguales, tenemos vivencias distintas y eso nos hace tener distintos pensamientos. Sin embargo, eso no significa que no nos podamos hermanar en nuestras luchas y resistencias personales. Algunas mujeres de Quiahije hemos logrado conquistar el derecho de ir a la escuela que pelearon nuestras mamás, pero a otras

20. Cruz Lorenzo, “Evitemos que...”, 31.

21. *Op. cit.*, 32.

22. *Op. cit.*, 33.

hermanas se les sigue excluyendo y negando por omisiones y negligencias de un estado que debe de generar condiciones pertinentes culturalmente para que todas y todos vivamos en dignidad y armonía. Sucede lo mismo con el acceso a la salud, el acceso a la justicia y así sin terminar.

Desde lo poco o mucho que hacemos por nuestra comunidad, nos queda el reto de repensar cómo aterrizamos los mensajes que abonen a reflexiones en torno a los feminicidios, la desaparición forzada, el etnocidio y el colonialismo.

A las distintas generaciones que andamos en esta discusión y en estas acciones nos queda el reto de repensar y recrear las formas en que intentamos construir, compartir y concretar conocimientos en nuestras prácticas para la permanencia y el cuidado de nuestros cuerpos y territorios como San Juan Quiahije. Cuando digo repensar es porque no debemos de seguir haciendo acciones o usar herramientas que se usan cuando andamos en otros contextos, llámese ciudad, llámese academia, institución pública u organización no gubernamental. Pues en ellas las lógicas de los tiempos, el curso de la vida, se dan de otra manera.

Quienes contamos con perfiles profesionales ya visibles en la comunidad deberíamos de sentarnos a observar desde qué enfoque nos miramos y cómo miramos a las hermanas y hermanos con quienes compartimos la vida cotidiana en Quiahije. Por ejemplo, tenemos doctores con quienes podríamos repensar la forma de entender la salud y las estrategias locales que se pueden recuperar en la atención médica que dan. Tenemos contadoras y contadores que podrían ser portavoces de un plan para el sostenimiento de la comunidad desde nuestros propios recursos (aun cuando ahora sólo estemos esperando las remesas). Hay comunicadoras con quienes podríamos discutir en torno al poder que tienen los medios de comunicación para la transformación comunitaria y con quienes podríamos repensar y buscar dónde y de qué otras maneras se hace esa comunicación. Tenemos maestras y maestros con quienes deberíamos discutir cuáles son las formas tradicionales de educar y cuáles son desde nuestro enfoque. Con las lingüistas podríamos pensar en empezar a escribir mensajes en torno a diversas temáticas, pensando en la heterogeneidad de pensamientos que tenemos en la comunidad. Los arquitectos deberían pensar en propuestas más sustentables y accesibles. Son ideas que ahora salen. La reflexión, las formas, las acciones pueden definirse si todas y todos creemos que es importante repensar nuestras prácticas.

Podríamos hacer una larga lista de temas en los que todavía hay que reflexionar y actuar. Por ejemplo, ¿qué hacemos ante los suicidios que se están dando? ¿Con los matrimonios a edad temprana?

¿Cómo podemos hablar de la vivencia y el ejercicio de la sexualidad abarcando aspectos fundamentales como la menstruación o la prevención del abuso sexual infantil? ¿Cómo ser activista en contextos violentos —en mi caso, como mujer— sin ganarme el odio de los hombres? ¿Qué podemos hacer ante las violencias y secuelas que dejan las acciones del narcotráfico, la violencia sexual, los conflictos territoriales, entre otros?

Mis reflexiones hasta el día de hoy me convencen de que el camino es la educación y la comunicación, populares y feministas.

